R

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA

DE

D. JOSE GARCIA DE SOLIS.

¡NO HAY FELICIDAD COMPLETA!

4 REALES.

N.º 49.

MADRID:

Librería de la Viuda é hijos de D. José Cuesta, Carretas, número 9.

Librería de Moya y Plaza, sucesores de Matute, Carretas, n.º 8.

SALAMANCA: ESTAB. TIP. DEL HOSPICIO.

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO TERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La india.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La pasion.
El hijo del Ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
[illegible]dencion!
[illegible] y madre.
[illegible]eso impertinente.
[illegible]rera.
[illegible]ra de los Alpes.
[illegible]el Prudente.
[illegible]i brazo y mi derecho.
[illegible]ix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Brabo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos vé
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Córte.
¡Mejor es creer.
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los Ministr
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de pedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Altez
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimon
Mercadet.
Una aventura de Richeli
Deudas de honor y amis
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Re Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clav
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marques
La pension de Venturit
Quién es ella?

¡NO HAY FELICIDAD COMPLETA!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

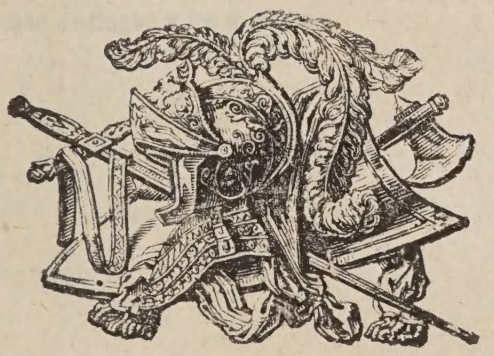
D. EUGENIO RUBÍ.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

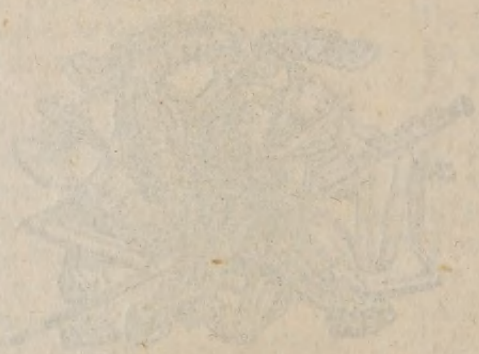
Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
4051



Núm. 49.

SALAMANCA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO.
1867.



Esta obra es propiedad de DON JOSE GARCIA DE SOLIS, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

724359

PERSONAS.

DON LUIS DE AZNARES.
EL CONDE DEL ZARZAL.
MATILDE.
RITA.
BLAS.

CABALLEROS, SEÑORAS, ALDEANOS, ALDEANAS.

La esceua pasa en la quinta del conde, á las inmediaciones de Madrid.

ACTO ÚNICO.

Interior de un jardin á las inmediaciones de Madrid. En último término, la fachada de una bonita casa con puerta á la escena. A la derecha un pabellon con puerta tambien á la escena. Mesas, bancos de piedra, etc.

ESCENA PRIMERA.

BLAS, llamando á Rita desde la puerta del pabellon que está cerrada.

Rita, Rita!
RITA. (Saliendo). Qué se ofrece?
BLAS. Por qué cierras esa puerta?
RITA. Porque sois un atrevido!
BLAS. Yo atrevido!
RITA. Un calavera!
BLAS. Vamos, Rita, no te amosques:
¡eres atroz cuando empiezas
á decir barbaridades!
RITA. (Enfadada). San Blas!
BLAS. Pero, morena,
¿no sabes que aqui te aguardo
un corazon que me pega
cada salto de carnero
que canta el credo?
RITA. (Remilgándose). De veras?
BLAS. Harto lo sabes, arco iris:
demas sabes cuánto pena
tu para el caso marido.
RITA. Aun no hemos ido á la Iglesia.

BLAS. Pero ya no tardaremos,
si Dios quiere... ¡y hoy que llega
el señor conde á la quinta!
RITA. Es verdad, tendremos fiesta.
BLAS. Y bodas.
RITA. Y danza! Qué gozo!
BLAS. Ya puedes estar contenta:
con un padrino como él
y un marido...
RITA. Ya!
BLAS. Contempla,
contempla este garbo, Rita. (Paseándose erguido).
Eh! Qué tal?
RITA. Anda, babieca!
BLAS. ¡No hay un mozo como yo
en el mundo! Sin modestia.
RITA. ¿Con que al fin, doña Matilde
va á ser señora condesa?
BLAS. Ya era tiempo!
RITA. Pobrecita!
El cielo la recompensa:
que demás lloró la muerte
de su esposo.
BLAS. ¡Dios le tenga
en el cielo!—Desgraciado!
RITA. Ah! Tambien, segun se cuenta,
padeció mucho.
BLAS. Diez años
debe hacer por la cuaresma
que se espatrió de Madrid.
RITA. Y por qué fué, Blas?
BLAS. Por quimeras...
no sé qué cosas políticas...
yo era tan chico, que apenas
recuerdo bien los motivos...
Figúrate, iba á la escuela.—
Lo que tengo bien presente,
como si ahora lo viera,
es el dolor de su esposa
cuando le dieron la nueva
de haber don Luis perecido
cautivo allá en la Morea.
RITA. Le cogieron los piratas?
BLAS. Pues esa fué la mas negra!
que estando ya junto á Lima,
un corsario... mala hoguera!
les dió caza en alta mar,
los cargó bien de cadenas

y los llevó á Berbería.
RITA. Y allí murió?
BLAS. De tristeza.
RITA. Pues tambien la señorita...
BLAS. Oh, estuvo loca, frenética!
Sin comer y sin hablar...
Creimos que se muriera!
En fin, cuando ahora mismo
tanto y tanto lo recuerda,
¡figúrate qué sería
entonces, que estaba fresca
la desgracia!
RITA. Con efecto,
mucho debió hacerle mella:
mucho amaría á su esposo
cuando hasta aquí tan severa
desechó del señor conde
el cariño y las ofertas.
A un hombre á quien debe tanto!
BLAS. Eso sí; justicia seca:
que la señora llorase
al que ya pudre la tierra,
nada mas justo; que al fin,
un marido... no es cualquiera;
y la sangre llama, y tira...
pero mirado en conciencia
y como Dios manda... eh!
El conde ha hecho por ella
lo que muy pocos harian.
RITA. Grande ha sido su paciencia!
BLAS. ¿Quién amaria diez años
sin otra correspondencia
que lágrimas y suspiros,
y... pucheros, y cazuelas?
RITA. Es verdad.
BLAS. ¡Y siempre firme
como una roca de piedra!
Prodigándole atenciones...
sufriendo treguas y treguas...
bailándola siempre el agua...
«Que la córte me molesta...»
Pues á mi quinta señora...
Ya ves si es hermosa y bella!
Allí vivirá usted sola
á su antojo, á su manera...
sin atreverse el pobrete
á dar por aquí una vuelta
mas que de pascua á san Juan,

por temor de que se ofenda.
En qué quedamos, señor?
Me quiere usted? No.—Pues, ea,
á otra parte con la música.—
Me quiere usted? Sí.—A la iglesia.—
Este es el órden, y así
como yo y tú, dulcinea,
lo haremos.

RITA. Qué travieso!

BLAS. Estoy hecho una jalea,
porque al fin se casa el conde,
y tú y yo y todo el que quiera...
Vivir en el purgatorio!

RITA. Cuidado, Blas!

BLAS. ¡Ah, culebra,
al fin logras este cuero!...
(Presentándole un carrillo).
tiéntalo por gusto, tienta
tu futura propiedad.

RITA. (Dándole una bofetada). Eh, quitese allá!

BLAS. Qué bestia!
Vaya un cariño brutal!

RITA. Ya veremos...

MATILDE. (Dentro). Rita!

RITA. ¡Calla,
que viene el ama!

BLAS. Que venga!
Yo no puedo consentir...

ESCENA II.

BLAS.—RITA.—MATILDE.

MATILDE. Qué es esto? Estais de contienda?

RITA. Me estaba diciendo Blas
que le dolian las muelas:
sufre tanto el pobrecillo!

BLAS. (Aparte). Pues no ve usted qué embustera!

MATILDE. Por qué no te pones algo?

BLAS. Por que... (Aparte). echa fuego esta oreja!

MATILDE. (A Rita). Hay flores en el salon?

RITA. Sí señora.

MATILDE. Bien: ordena
todo aquello, y no te olvides
de limpiar la pajarera.

RITA. Descansad en mí.

MATILDE. Y tú, Blas,
concluistes tus faenas?
Recortaste los jazmines?
Procura que la maleza
no estorbe en los andadores.
Lo entiendes? Hombre, contesta.
RITA. No podrá; con el dolor...
BLAS. (Aparte). A que le rompo la geta!
MATILDE. Habeis reñido; no es cierto?
RITA. No señora!
BLAS. Esa cigüeña...
BITA. No lo creais!
BLAS. Es verdad!
MATILDE. Vamos, vamos, morisquetas
á un lado.
BLAS. (Aparte). Hun! (Se oye rodar un coche).
RITA. (Aparte á Blas). Calla, tonton!
(Blas hace un desaire).
MATILDE. Qué ruido es ese? Creyera
que es de un carruaje.
BLAS. (Mirando por el fondo). Señora...
Señora, es la carretela
del señor conde.
MATILDE. Del conde?
BLAS. Sí, miradle; ya se apea:
ya viene aquí.
MATILDE. Retiraos.
RITA. (Rita á Blas). Qué gozo, Blas!
BLAS. (Amoscado). Alma negra! (Vánse).

ESCENA III.

MATILDE.—EL CONDE.

CONDE. (Aparte). Oh Dios, por fin, ha llegado.
Matilde! (Aparte). (Estoy conmovido!)
MATILDE. Señor conde, bien venido;
mucho tiempo habeis dejado
vivir sola en su rincon
á quien por Dios que sintiera
que la causa de ello fuera
alguna indisposicion.
CONDE. Por demás vuestra acogida
es para mí seductora;
nunca, os lo juro, señora,
me hallé tan bien en mi vida.

Y vos? Aun no me habeis dicho...
Falta algo aqui que os agrada?

MATILDE. Nada, amigo mio.

CONDE. (Con sentimiento dulce). Nada?

MATILDE. De cuanto puede el capricho
de una mujer desear.
Esta quinta es deliciosa;
y sería desdeñosa
y de muy mal contentar,
si no fuera justa yo
con la quinta por ser bella;
con el propietario de ella...

CONDE. Matilde, dejad...

MATILDE. No, no.
Harto, conde, habeis sufrido
mi ingratitud sin quejaros;
hoy, que quiero demostraros
lo mucho que lo he sentido,
fuera inútil precaucion
intentar que en desagravio
vuestro, ocultase mi labio
lo que siente el corazon.
Largos años á la par,
de la amargura corrimos
el camino, y estuvimos
condenados á callar.
Yo, sumida noche y dia
en mi afliccion esperando,
y vos, señor, consolando
mi dolorosa agonia.

CONDE. Dichoso si lo alcancé!
¡Dichoso si mi ternura
pudo aliviar la amargura
de vuestras cuitas!...

MATILDE. Si á fé:
¡que nadie, conde, cual vos
respetó mi pena doble;
nada mas bello, mas noble
que vuestro cariño!

CONDE. (Enagenado). Oh Dios!

MATILDE. En esos mares perdida,
yo triste, débil mujer!
donde me lancé por ver
al esposo de mi vida...
Inútil, vano anhelar!
¡Sordo á mi plegaria el cielo,
no me otorgó ese consuelo!

CONDE. Matilde, á qué recordar?...

MATILDE. Vos no sabeis hasta dónde
estos recuerdos son bellos...
Tambien me recuerdan ellos
lo mucho que os debo, conde.
CONDE. A mí! No, Matilde mia!
MATILDE. Caballero, fuera amargo
poner un plazo mas largo
á vuestra noble porfia.
Vos habeis sido hasta hoy
mi amante, padre y hermano:
muy corta ofrenda es mi mano...
es cuanto tengo; os la doy.
CONDE. (Enagenado besándole la mano).
Oh Dios! yo os bendigo humilde!
La alegria me enloquece,
que es un sueño me parece...
Repetidmelo, Matilde.
MATILDE. Conde...
CONDE. No: callad, callad!
Deseo vivir, señora,
y puede matarme ahora,
tan grande felicidad.
Salgo de aquí presuroso
á disponer lo preciso:
me otorgais vuestro permiso?..
MATILDE. En breve sereis mi esposo,
hacedlo como gusteis.
CONDE. (Besándola una mano con efusion).
Mi amor y eterno respeto...
MATILDE. (Con ternura). Amigo mio...
CONDE. Os prometo
que no os arrepentireis. (Váse).

ESCENA IV.

MATILDE.

Su delicada pasion
por fin mi amor ha logrado...
!Dios sabe lo que he luchado
con mi mismo corazon!
Mientras dudosa é incierta
con la esperanza he vivido,
cuanto pude he resistido:
hoy mi esperanza está muerta!
Los límites del dolor

no me fué dado pasar...
tampoco pude mirar
insensible tanto amor.

ESCENA V.

MATILDE.—RITA.

MATILDE. Qué buscabas, Rita?
RITA. Todo
estará pronto dispuesto.
Dios os haga tan dichosa
como yo quisiera serlo.
MATILDE. Quién te dijo?...
RITA. Toma toma!
¡Si ya no hay gato ni perro
que no lo sepa en la quinta!
¡Pues se ha armado mal jaleo
apenas el señor conde
lo ha dicho!
MATILDE. Ah!
RITA. Como es tan bueno,
tan amable, tan buen mozo,
y... perdonad si os recuerdo....
que al fin, aunque soy criada,
tambien soy de carne y hueso...
Ya os acordareis que Blas...
aunque es un pobre mostrenco...
se ha empeñado en ser mi esposo.
MATILDE. Y lo será, te lo ofrezco:
deja á mi cargo tu suerte,
y ámale, que es buen sujeto. (Váse).

ESCENA VI.

RITA, poco despues LUIS por la derecha.

RITA. Que buena sois, señorita!
Pues señor, nos casaremos!
¡Y que iré yo poco tiesa
con mi vestidito negro
al lado de mi futuro!
En gracia de Dios! ¡Ya creo
que me pone el sacristan

la cosa blanca en el cuello!

LUIS (Aparte.) ¡Como late el corazon
gozoso dentro del pecho
al pisar tras larga ausencia
el querido patrio suelo!
¿Hallaré, Dios de bondad,
de mís penas aqui el término?
(Reparando en Rita). Allí se ve una mujer...
una criada: indaguemos.
Buenos dias, amiguita!

RITA. Ah! Bien venido! (Aparte). Que atento!
(Quien será? No le conozco.)

LUIS. A juzgar por lo que veo,
¿las faenas de la quinta
no son pesadas?

RITA. Pse... pero...

LUIS. ¿Podrás decirme si habitan
en ella ahora sus dueños?

RITA. ¿Y tendreis inconveniente
en decirme con quien tengo?...
Son tantos los que preguntan...

LUIS. Curiosilla!

RITA. Siempre es bueno...

LUIS. Un amigo que desea
darles un abrazo estrecho.

RITA. Al Señor conde?

LUIS. No, no:

RITA. A la condesa?

LUIS. (Impaciente.) Embeleco!

RITA. Pues como no querais vos
abrazarme á mí, no entiendo.

LUIS. ¿No habita aqui una señora,
esposa de un caballero,
de un tal don Luis, que se fué
por asuntos de comercio?

RITA. Don Luis de Aznares?

LUIS. El mismo.

RITA. Ah! Vamos, si, ya comprendo...
Don Luis, sí, si... Pobrecillo!

LUIS. Eh?

RITA. Dios le tenga en el cielo!

LUIS. Como!

RITA. Señor, si murió
hace muchísimo tiempo!
Vamos, usté no es del siglo.

LUIS. Ciertamente... Con que ha muerto?

RITA. Vaya!

LUIS. Y dónde?

RITA. Allá... en Morea...
muy lejos de aquí, muy lejos;
le mandaron... ó se fué,
no sé por qué trapicheos
de política... tontunas!
Mal tuvo tal desacierto,
que antes de llegar allá,
al punto de su destierro,
unos infames piratas
le cogieron prisionero,
y le llevaron por fuerza
á Berberia.

LUIS. (Aparte). Si, cierto:
así pasó exactamente.

RITA. Allí el cuitado mancebo
se dice que sucumbió
al dolor de los tormentos.

LUIS. Y la viuda, qué fué de ella?

RITA. La viuda... marchó al momento
á reunirse á su esposo,
á quien amaba en estremo.
pero á mitad de camino
llegó á saber que era muerto,
y la infeliz, tantas penas...
tan amargos sentimientos...
¿qué habia de hacer?

LUIS. (Con ansiedad). Falleció.
¿no es verdad?

RITA. ¡Ca, ni por pienso!...
dejó las basquiñas negras...

LUIS. Por las tocas de un convento?

RITA. Para casarse otra vez.

LUIS. ¡Mientes, mientes!

RITA. ¡Caballero!

LUIS. Perdona, jóven...

RITA. Me gusta.
¡Pues por lo mismo he de hacerlo!

LUIS. (Con dulzura). ¿Decias que?...

RITA. Si señor;
y lo digo, y lo sostengo
aquí y delante...

LUIS. Mujer!

RITA. Que se casó.

LUIS. (Aparte). Oh!

RITA. Y bien hecho;
porque vive muy contenta
con su esposo: ya lo creo!
todo el dia estan «Matilde,
me quieres? Conde—te quiero.»

Es muy guapo, muy buen mozo.
LUIS. (Aparte). Oh Dios!
RITA. Con mucho salero.
Y mi señora? Jesus!
Está loca... (Aparte) Cómo miento!
«Dame la sombrilla, conde;
conde, arréglame el sombrero;
te idolatro, conde mio.»
LUIS. Mientes!
RITA. Caramba!
LUIS. (Aparte). Me muero!
RITA. Esto pasa de castaño!
LUIS. Perdona, jóven.
RITA. No quiero;
y cuidadito la lengua!
LUIS. Soy un loco.
RITA. Y no pequeño.
LUIS. Qué me importa que se quieran?
Es natural.
RITA. Por supuesto.
LUIS. Que se amen, mucho, mucho...
RITA. Vamos, no hagais tantos gestos.
LUIS. Y está hermosa la condesa?
RITA. Mas hermosa que un lucero.
LUIS. Oh... Dios la bendiga!
RITA. Amen:
(Aparte). qué ojillos pone el travieso!
LUIS. ¿Y ya no se acordará
de don Luis, su amor primero?
RITA. Pues buen recordar sería!
Al que muere, buen entierro.
LUIS. Tienes razon, vive Dios!
¿Quién se acuerda de los muertos
mientras hay vivos que ahogan
la tristeza y juramentos?
RITA. (Aparte). De seguro es un demente!
Pero Jesus! yo me dejo
mis quehaceres por charlar.
Vaya... (Vase).
LUIS. Espérate un momento.

ESCENA VII.

LUIS, luego el CONDE Y BLAS.

La condesa!... la condèsa!
Dios mio, que horrible sueño!

¡Se me abrasa el corazon,
y en vano lucho y batallo!...
y por mas que quiero, no hallo
á este enigma solucion.

CONDE. (Aparte gozoso). Todo está ya preparado
para nuestro enlace. (Reparando en Luis).
Ah!
(Aparte). Este hombre... Quién será?
Tal vez algun convidado!

LUIS. (Mirando fijamente al conde).
Caballero...

CONDE. Qué quereis?

LUIS. Yo os conozco.

CONDE. A mí?

LUIS. Sí, á vos.
En la Habana?...

CONDE. No, por Dios!

LUIS. En Sevilla?...

CONDE. No os canseis;
me equivocais.

LUIS. Esperad;
ha diez años...

CONDE. Largo es!

LUIS. Oidme un momento, pues.

CONDE. Ya os escucho: principiad.

LUIS. Ha diez años que se vió
obligado sin demora,
por causas que no son hora
del caso contaros yo,
á fugarse con presteza
un hombre honrado y valiente.

CONDE. De la córte?

LUIS. Ciertamente
le iba en ello la cabeza.—
Cerca ya del Manzanares
llegaba el cuitado mozo,
recatando en el embozo
su faz triste y sus pesares,
cuando vió venir en pos
de un hombre, corriendo á tres.

CONDE. (Con interés). Acuchillándole?

LUIS. Pues.
Vais recordando?

CONDE. ¿Erais vos?

LUIS. Entonces el caballero,
el embozado, al olvido
dió su riesgo, y partido
tomó por él con su acero.

Escaparon sin demora.

CONDE. (Con viveza). Y los dos?

LUIS. (Sin contestarle). Eran villanos!...

CONDE. Decid...

LUIS. Se dieron las manos,
como se las dan ahora.

CONDE. (Estrechándolas con efusion).
Con ellas el corazon.
No quisisteis deteneros,
y ni aun pude agradeceros
vuestra noble y pronta accion.
Tan súbita despedida,
confieso que me picaba
es verdad que yo ignoraba
que en ello os fuese la vida.
Mas nunca olvidar pudiera...

LUIS. Dejaos de eso...

CONDE. No por Dios!
la mia os la debo á vos,
y pagárosla quisiera.
Pero ¿á qué casualidad,
tan dichosa para mí,
debo encontraros aqui?
¡Vuestro aspecto da en verdad
indicios de un largo viaje!

LUIS. Muchas leguas de camino
anduve cual peregrino
sin desnudarme este traje.
Tras de mil largos afanes
con que tuve que luchar,
libré entonces, para dar
en poder de musulmanes.

CONDE. Cautivo?

LUIS. Sí, en un abismo
viví muriendo diez años;
y para ver desengaños
llegué...

CONDE. Cuándo?

LUIS. Ahora mismo.

CONDE. Vuestros parientes quizá?...

LUIS. Yo no tengo, no os asombre,
familia, deudos, ni aun nombre:
ninguno que me ame ya.

CONDE. Contad al menos conmigo.

BLAS. Señor conde...
(Repara en Luis que está distraido, y se queda estupefacto).
Hum!!

CONDE. Han llegado?

BLAS. (Sin dejar de mirar á Luis).
Sí... señor... (Aparte). Estoy pasmado!
CONDE. (A Luis). Dispensadme. (A Blas). Ya te sigo.
(Blas se aleja).
(A Luis). Al momento soy con vos.
LUIS. No os molesteis... (Vase el conde).
Oh! Qué haré?
A dónde ir? .. No lo sé!...
Que disponga de mí Dios!
(Se va por la izquierda).

ESCENA VIII.

MATILDE.—BLAS.

BLAS. ¡Señora, por Jesucristo,
preparaos para el lance;
reunid vuestro valor:
cuidado con asustarse!
MATILDE. Me barás perder la paciencia.
BLAS. Cuando sepais!...
MATILDE. Deja aparte
esas necias prevenciones,
ó lograrás que me enfade.
BLAS. Con que yo soy hombre y tiemblo!
¿Y quereis vos que la ensarte
así?... Animo!
MATILDE. Calla, Blas!
BLAS. (Aparte). Me temo que se desmaye!
MATILDE. No te marchas?
BLAS. Es que... pues.
Como iba diciendo de antes...
cuando uno ve... por ejemplo:
figuraos que mi padre,
que se murió hace ocho años,
entrara por ahí muy jaque,
con los manteos al hombro,
pálido, sin afeitarse,
y me cogiera del pelo,
y me dijera «tunante,
¿has roto ya los zapatos
qué te compré por el Cármen?»
MATILDE. Que sandeces! Blas, por Dios!
Te has propuesto disgustarme?
BLAS. (Aparte.) Ya la tengo preparada:
puedo sin temor contarle...

Pues, señor, sabed que he visto...
MATILDE. A quién?
BLAS. A don Luis de Aznares.
MATILDE. A Luis! Cómo, cuándo, dónde?
Pronto, Blas, pronto!
BLAS. Ha un instante;
aquí en este mismo sitio.
MATILDE. Calla!—¡Dios mio, cuan fácil
creemos en la ventura!
Luis aquí! ¿Pueden alzarse
de la tumba los que mueren?
BLAS. De modo es, que si le place
al Señor darles licencia...
MATILDE. Visiones tuyas falaces:
Dios no lo habrá permitido!
BLAS. ¡Se habrá escapado sin pase:
lo cierto es que yo le he visto;
y que a pesar de su trage
le he conocido al momento:
(Mirando por donde se fue Luis.)
ya lo creo! Pero, calle!
MATILDE. Qué?
BLAS. Vedle allí, paseando...
allí... por aquellos árboles.
MATILDE. (Observando.) Sí... parece su estatura...
sus maneras... su semblante...
Ten paciencia, corazon!
BLAS. Eh, señora!
MATILDE. Sus miradas
fijas aquí, penetrantes...
Será posible, Dios mio?
Oh, yo corro á cerciorarme!

ESCENA IX.

BLAS saltando de gozo.

Brabo, brabo! Viva, viva!
Qué paso lleva á alcanzarle!
Pues digo, el muerto! ¡Qué besos
la va á estampar el compadre!
Pero, ay, ay! Pues y el otro?
El conde... Vaya un percance!
¡Despues de estar todo listo,
dejármelo ahora *in albis!*
Que se arreglen como puedan.

Pero hombre ¡qué cipizapes
acontecen en el mundo!
Si se queda uno en el aire!
Me voy yo á arreglar á Rita
y á enterarla de este lance. (Vase).

ESCENA X.

LUIS.—MATILDE.

MATILDE. ¡Luis adorado, mi bien!
Tú eres mi esposo, mi vida!
¡Cómo pudiera un instante
desconocer tus queridas
facciones!—Esa es tu boca...
tu apostura noble y digna...
tu hermosa frente... tus ojos...
tus ojos, en que se mira
estasiada tu esposa
gozando un mar de delicias.
Pon la mano, aquí, Luis mio...
Sientes, sientes cuál palpita?
¿Sabes que cada latido
es una série infinita
de diez años de tormentos,
de esperanza y de agonía?
LUIS. Matilde!
MATILDE. Sí, tu Matilde,
que loca de amor delira.
Pero, cuéntame qué has hecho,
qué te pasó, qué motiva
este encuentro delicioso...
Me va á matar la alegría!
LUIS. Reporta...
MATILDE. ¿Qué es reportar
cuando el corazon se agita
henchido de amor y gozo
en su cárcel reducida?
Manda, Luis, que apague el sol
su luz ardiente, y no digas
á tu esposa que reporte
cuando te ve su alegría.
LUIS. (Aparte). Dios mio! No puedo mas!
(Abrazándola con efusion).
Matilde, esposa querida!
MATILDE. (Lanza una esclamacion, y recuesta su cabeza en el pecho de Luis, mirándole con ternura.

Ah!!

LUIS. (Despues de contemplarla un breve instante).
Cuán hermosa está así!
¡Qué dulzura comunican
esas leves tintas de oro
á su faz pura y tranquila!
De qué puedo yo acusarte,
pobre azucena marchita?

MATILDE. Habla, Luis.—Por qué no hablas?
Sigue... yo quiero que sigas.
Tu acento es tan melodioso!
Háblame tú; yo es tan viva
la emocion que siento ahora,
que... mis ojos te la esplican.
¿No conoces su lenguaje,
Luis mio?

LUIS. Matilde... ¿Olvidas
en casa de quién estamos?

MATILDE. Ah!

LUIS. (Aparte) Mi razon se estravía!

MATILDE. ¡Tienes razon; es verdad:
nunca es completa la dicha!
¡Qué distante estará el conde
de pensar que en este dia!...
Oh! A él recurriré!
A su bondad infinita...

LUIS Decirle al conde!

MATILDE. ¡Sí, Luis,
que nadie en el mundo abriga
un corazon mas hermoso!

LUIS. Pero, en fin?...

MATILDE. Por él respira
tu Matilde, Luis amado;
él me consoló en mis cuitas,
y sus lágrimas corrieron
amargas como las mias,
Amándome con pasion
loca, inaudita, ardiente,
él respetó mi infortunio
devorando su agonía...
Y cuando, al fin, por deber
á su amor reconocida,
sus inmensos beneficios
á recompensarle iba
otorgándole mi mano,
Dios á impedirlo te envia...
Una hora mas, un minuto,
y tu esposa agradecida

lo era tambien del conde.

LUIS. Segun eso, todavia?...

MATILDE. Pertenecen á tí solo...

LUIS. (Abriéndole los brazos). Ah!

LUIS. (Lanzándose en ellos). Mi corazon, mi vida.
Matilde, dí, ¿no es un sueño
de mi ardiente fantasía?
¡Dios mio, dadme valor
para gozar tanta dicha!

MATILDE. Luis amado!

LUIS. Tú casada!
Quién inventó esa mentirá?
Ven, Matilde; huyamos, pronto...
El aspecto de esta quinta
me hace mal, me desvanece:
huyamos, Matilde mia.

MATILDE. Y el conde, Luis?

LUIS. ¿Qué te importa
de un estraño, de un?...

MATILDE. Deliras!
Y mi palabra empeñada?

LUIS. Yo responderé... descuida;
yo tendré con ese hombre
ahora mismo una entrevista...
y sabrá... en fin... Dónde está?

MATILDE. El gozo la razon te priva!

LUIS. No te comprendo!

MATILDE. ¡No, Luis;
diez años, diez, de fatigas,
de cuidados, de atenciones,
de amistad tan esquisita,
no se pagan como quiera
con palabras secas, frias!
Las almas que, cual la suya,
son tan hermosas, tan dignas,
bien merecen algo mas
que una innoble despedida.

LUIS. Matilde!

MATILDE. A mi cargo deja
darle la infausta noticia.
Permite, Luis, á tu esposa,
que con tu amor se estasía,
quererle como á un hermano,
á fuer de reconocida.

LUIS. Sea así: mas sea pronto:
la dicha es muy egoista.

MATILDE. Entra en ese pabellon,
y espera.

LUIS. Matilde mia!
(Entra en el pabellon).

ESCENA XI.

MATILDE, despues el CONDE.

Infeliz! ¡Cómo decirle
que para siempre acabó
su esperanza... que fué un sueño,
y su dicha una ilusion!
El cielo quiera inspirarme
palabras de tal valor,
que aminoren la amargura
de su noble corazon.

CONDE. Matilde!

MATILDE. (Aparte.) Ah!
Perdonad
mi larga ausencia, mi amor;
disponiendo por mí mismo
en todas partes estoy,
las fiestas, los accesorios
para tan dichosa union.
Todos mis buenos amigos
de diez leguas al redor,
presenciarán mi ventura...
mi inmensa ventura!

MATILDE. (Aparte.) Oh!
(Se ven atravesar la escena y entrar en la quinta caballreros, señoras, aldeanos, ec),

CONDE. Mirad cual van llegando,
unos tras de otros en pos,
retratando en sus semblantes
la dulce satisfaccion
que la noticia, Matilde,
de mi enlace les causó.
Venid, señora, venid
á recibir la ovacion
que merecen los encantos
con que el cielo os adornó.

MATILDE. Conde... (Aparte) Las fuerzas me faltan!

CONDE. Matilde mia!

MATILDE. Señor...

CONDE. ¿Con qué os pudiera pagar
tan grande fortuna yo?
Ya vereis cual se desliza

de una en otra sensacion,
siempre gratas, siempre nuevas,
nuestra vida asi veloz,
Mi ley será vuestro gusto,
mi existencia vuestro amor...

MATILDE. ¡Conde, conde... vuestro acento,
me desgarra el corazon!
Estais soñando imposibles!

CONDE. Matilde!

MATILDE. Callad!

CONDE. ¡Por Dios,
que no os comprendo, señora!

MATILDE. No estais viendo mi dolor?

CONDE. Diez años hace tambien...
que estoy padeciendo yo.
Pero en fin, ¿no me direis
por qué esa trasformacion?

MATILDE. Si supierais...

CONDE. Y bien?

MATILDE. La posicion en que estoy...

CONDE. Eh... vanos pretestos!...

MATILDE. Conde!...

CONDE. Disculpas, mentiras son,
que para engañarme así
vuestra mente imaginó.

MATILDE. Desgraciado!... ¿Y si mi esposo
llegase de nuevo hoy
reclamando sus derechos?

CONDE. Vuestro esposo!

MATILDE. Por qué no?

CONDE. Los muertos no resucitan.

MATILDE. Asi lo creia yo,
y sin embargo le visto,
le he oido, le he hablado...

CONDE. Vos!

MATILDE. Hace un instante, un momento,
aqui... aquí mismo...

CONDE. Oh!
¡Mejor que vuestras palabras,
diciendo está esa emocion
que no os habeis engañado!

MATILDE. Perdonad...

CONDE. ¿Quereis, oh Dios!
que sea eterna mi vida?

MATILDE. Amigo mio, valor!

CONDE. ¿Dónde está ese hombre, dónde
está?

MATILDE. En ese pabellon.

CONDE. Ah! Lanzándose precipitadamente al pabellon.)
MATILDE. (Asustada en pos de él.)
Conde! qué vais á hacer?
Deteneos!
CONDE. (A Luis.) Salid... !Vos,
caballero!—Sois su esposo?

ESCENA XII.

DICHOS.—DON LUIS.

LUIS. Debí al cielo esa fortuna.
CONDE. Sí... grande cual ninguna!... (Pausa).
Ahí la teneis... sed dichoso!
LUIS. Ah!
MATILDE. (Aparte). Siempre noble!
CONDE. Señora,
diez años ha que esperando
la ventura fuí buscando...
no la alcancé; mas ahora,
que la vuestra permitír
Dios bondadoso ha querido,
no me resta otro partido
que obedecer y morir!
MATILDE. Morir!
LUIS. Conde!
CONDE. Caballero,
vuestra deuda...
LUIS. ¡Oh harto estoy
recompensado ya hoy!
CONDE. Un favor; será el postrero!
¡Al separarme de aqui,
quizá por siempre!
LUIS. No, no!...
CONDE. Quisiera dejaros yo
algun recuerdo de mí.
Os cedo esta quinta; en ella
vivió dichosa Matilde...
no desecheis por humilde
la ofrenda.
MATILDE. (Aparte.) Qué alma tan bella!
LUIS. Oh, quedaos; mi amistad!...
CONDE. Hay heridas, caballero,
que solo curan, infiero,
la ausencia ó la eternidad.
MATILDE. Os ruego que desecheis

norias de Juan García.
enemigo oculto.
mpas inocentes.
ceniza en la frente.
matrimonio á la moda.
voluntad del difunto.
richos de la fortuna.
bajador y hechicero.
ricio el republicano.
uien Dios no le da hijos...!
nueva Pata de Cabra.
n tiempo amor y fortuna.
oficialito.
que y defensa.
esillo el aturdido.
aques del siglo actual.
hidalgo aragonés
verdadero hombre de bien.
esclava de su galan.
cado y expiacion.
rtuna te dé Dios, hijo!
se venga quien bien ama.
estudiantina.
escala de la fortuna.
or con amor se paga.
as y sombreros.
lides dobles de amor.
buen Santiago.
es tarde!
cuarto con dos alcobas.
que es el mundo!
do se queda en casa.
sde Toledo á Madrid.
Rey de los primos.
caverna invisible.
ien bien te quiere te hará llorar.
rica-enreda.
quezas y desengaños.
amistad ó las tres épocas.
Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

sdichas de Timoteo.
luna de miel.
ente como hay muchos.
nelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesura.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst... Pst.
Entre Seila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas insulas me dan.
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jerobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.

No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor!
Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa.
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton!... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra fantasma y mujer.
Cuerpo y sombra.
Un angel tutelar.
El turron de Noche buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Hay dé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones.
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La Pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, p
piano y canto.

ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde
servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja propo
cionada á la importancia del pedido.